

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

EL SOCIALISMO

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—El partido demagógico ó socialista desde el 24 de febrero. Tres fases distintas. Carácter de la propaganda socialista, á partir de 1850: su éxito, sobre todo en los departamentos del Centro y en la cuenca del Ródano; círculos, ranchos, periódicos, sociedades secretas.—La *Nueva Montaña*; prisión de Gent (octubre 1850).—La propaganda continúa; preparativos para 1852. El socialismo y las poblaciones rurales del Mediodía.—El golpe de Estado; cómo es acogido; en qué provincias y en qué ciudades estalla la insurrección.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—El *Nivre* y *Clamecy*.—El partido demagógico en Clamecy. Noticia del golpe de Estado; agitación; la insurrección estalla el 5; sangriento conflicto entre los gendarmes y los insurrectos; los socialistas dueños de la ciudad; excesos y crímenes; el pueblo de Pousseaux; muerte de Bonneau; muerte del gendarme Bidán (6 de diciembre).—Los partes anuncian que París está tranquilo. Indecisión de algunos jefes; jardor de Eugenio Millelot.—Las tropas se acercan á Clamecy (7 de diciembre). Conatos de barricadas; los socialistas abandonan la población.—El prefecto y la fuerza armada entran en Clamecy; reacción.
- III.—*El Hérault*: causas generales que mantienen la agitación; sociedades secretas.—Noticia del golpe de Estado.—Graves disturbios en Beziers y Capetang.—Bédarieux; insurrección; los socialistas dueños de la ciudad (4 de diciembre); ataque al cuarte de gendarmería; escenas horribles; muerte de los gendarmes Bruguière y Lamm, y del sargento Léotard; después de los homicidios; diferencia ó crueldad de la multitud; horribles detalles.—Entrada del general Rostolán en Bédarieux.
- IV.—Carácter general de la insurrección en los departamentos del Drome, el Var y los Bajos Alpes.
- V.—*El Drome*: tranquilidad en Valence; agitación en Crest é insurrección en los pueblos de los alrededores. Llegada de los contingentes rurales y doble combate en la jornada de 6 de diciembre.—Refuerzos llegados de Valence; nuevo combate (7 de diciembre)—Agitación en Loriol, Rochegude, Montelimart y el cantón de Marsana.
- VI (*Extracto del texto de La Gorce*).—*El Var*.—Estado del departamento del Var; numerosos síntomas de efervescencia.—Tolón, Hyères y Cuers.—La insurrección estalla en el centro del departamento. La Garde-Freynet, el Luc y Vidaubán; prisión de rehenes; medidas revolucionarias.—Reunión de todos los contingentes socialistas en Vidaubán; disonancias sobre el plan que conviene adoptar; llegada de Dudeil; éste es nombrado general. Los insurrectos en Arcs, Logues y Salernes. Marcha hacia los Bajos Alpes; llegada á Aups (9 de diciembre).—Medidas tomadas por la autoridad; el 50.º de línea; su marcha de Tolón sobre Draguignán (7 y 8 de diciembre), y de Draguignán sobre Aups (10 de diciembre).—Falsa seguridad de Duteil; éste revista sus tropas antes de retroceder al otro lado del Verdón.—Llegada imprevista de las tropas. Derrota casi sin combate.—Fin de la insurrección; reacción implacable; juicio general sobre el levantamiento del Var.
- VII (*Extracto del texto de La Gorce*).—*Los Bajos Alpes*: de cómo este departamento, pobre, sin grandes poblaciones, casi sin masas obreras, había acogido las ideas socialistas.—Noticia del golpe de Estado.—Los contingentes rurales y sobre todo el de la Manosca llegan á Forcalquier (5 de diciembre); energía del subprefecto Sr. Paillard; éste es preso, insultado, herido y escapa de la muerte por milagro. Los socialistas dueños de Forcalquier.—Levantamiento general en Sisterón y en el valle del Durance; la insurrección se extiende por la montaña y hasta Barceloneta.—Diña. En esta población se recibe la noticia de la insurrección del departamento; ansiedades: resoluciones diversas; retirada del prefecto y de las principales autoridades.—Llegada de los insurrectos á Diña (7 de diciembre); instalación de una comisión revolucionaria; medidas diversas.—Marcha de varias columnas de tropa hacia los Bajos Alpes.—Encuentro en Mees.—El ejército socialista se disuelve. Se restablece el orden.
- VIII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Efecto producido en la opinión pública por las insurrecciones socialistas. Bajo el imperio del temor, la nación se inclina cada vez más hacia Luis Napoleón.—Política del príncipe; éste afecta desdén á los parlamentarios y castiga sin piedad á los republicanos; en cambio multiplica sus esfuerzos para conquistar el ejército, el pueblo y el clero.—Plebiscito de 20 de diciembre; sus resultados.—Se realiza la frase de Thiers: *el Imperio es un hecho*.

I

El que haya seguido la historia del partido demagógico habrá podido observar que éste atravesó, desde 1848, tres períodos distintos. En el primer período, es decir, desde la revolución de Febrero hasta la insurrección de Junio, se desenvolvió á sus anchas, y aunque contenido por el espíritu de moderación general que reinaba entonces, no había disimulado su programa ni sus próximas esperanzas. La derrota de junio fué para él un golpe de los más crueles, y, más herido por la reprobación pública que por el saludable rigor de las leyes, se eclipsó. Cierta es que pronto volvió á su actividad: los manejos de la *Solidaridad republicana*, la agitación del 29 de enero, la propaganda electoral en vísperas de la renovación de la Asamblea, el levanta-

miento criminal de 13 de junio de 1849, atestiguaron á la vez la audacia y la obstinación de sus intentos. Pero el éxito no coronó sus esfuerzos. La firmeza del general Changarnier desbarató todas las tentativas anárquicas: el sufragio universal, en mayo de 1849, envió al Palacio Borbón una mayoría realista: como ciertas elecciones parciales asustaron al partido conservador en la primavera de 1850, dictóse la ley de 31 de mayo con el objeto de perpetuar y consolidar la influencia del *partido del orden*. Tenido así en jaque, el partido demagógico-socialista no abdicó, pero transformó su táctica. Renunció á toda acción inmediata y alejó voluntariamente su meta con la esperanza de llegar á ella con más seguridad. Tomó por objetivo el año 1852, como si tuviese la certeza de que los múltiples escrutinios y la inevitable confusión de aquella época habían de serle favorables.

Entonces empezó para él un tercer período, período de lucha, no abierta, sino oculta, de marcha lenta y continua, de acción perseverante ejercida menos en las grandes ciudades que en los pueblos y en las aldeas. «Preparémonos para 1852, y tengamos paciencia hasta entonces.» Tal fué, desde 1850, la consigna de los socialistas.

El resultado de las elecciones legislativas indicaba bien los puntos en que esta propaganda daría más resultados. En mayo de 1849, las regiones del Norte y del Oeste habían votado en masa por los diputados conservadores. Las del Este y del Sudoeste, salvo algunas excepciones, habían seguido este ejemplo. En cambio, en los departamentos de la cuenca del Ródano desde Dijón hasta Marsella, y en los de la cuenca superior del Loira desde Saint-Etienne hasta los límites del Loiret, los candidatos de la democracia más acentuada habían alcanzado un brillante triunfo. No era que estas vastas provincias perteneciesen sin reserva al partido del desorden, sino que los espíritus habían sido allí desviados ó sumidos en la incertidumbre por causas muy diversas. Los jornaleros del Nivre y del Allier, envidiosos de las grandes fincas que cubrían su suelo, y los leñadores y barqueros del Morván, hombres rudos é ignorantes, eran fáciles de embaucar. En Borgoña y en el Delfinado reinaban casi por igual dos sentimientos: el culto del bonapartismo revolucionario y el odio al antiguo régimen: bajo esta doble impresión, se tendía á proscribir todo lo que recordaba las viejas formas religiosas ó monárquicas. Más al Sur, en los altos valles de los afluentes del Ródano, vivían á un lado los montañeses de los Alpes, pobres y, como casi todos los pobres, descontentos de su suerte; y al otro lado los campesinos de los Cevenas, recordando aún sus luchas religiosas y habiendo conservado todo el calor de su alma, hasta en la vida apacible y solitaria de sus remotas campiñas. A orillas del Mediterráneo se extendía la Provenza con su población á la vez afable y ruda, tan pronto blanda como ardiente, sensata en ocasiones, pero casi siempre irreflexiva, embriagándose con sus propios sofismas y también con los sofismas de los otros, crédula y apasionada á un mismo tiempo, pronto á levantar ídolos y no menos pronto en romperlos. Tales eran las regiones en las cuales el socialismo había tomado carta de naturaleza y desde donde esperaba extenderse por toda Francia.

En terreno tan bien preparado la acción era fácil. Esta fué ardiente y obstinada, audaz y contenida. Los círculos se convirtieron en verdaderos centros de propaganda. La mayor parte de las veces, su nombre ya dejaba presentir su objeto. Había el *Círculo de los trabajadores*, el *Círculo democrático*, el *Círculo nacional*, el *Círculo filantrópico*, el *Círculo montañés*. En ellos se reunían todos los antiguos clubistas. La mayor parte de las cotizaciones se empleaban en la política. Los círculos de las ciudades estaban ligados con otros creados en los pueblos y conocidos en todo el Mediodía con el nombre de *ranchos (chambrières)*. Por otra parte, á pesar de todas las severidades administrativas, los periódicos demagógicos se habían multiplicado, agrupando en torno de ellos, bajo la designación de accionistas, á todos los hombres turbulentos y exaltados del país. Estas acciones estaban divididas en pequeñas fracciones de

veinte, diez, cinco y hasta un franco, lo cual facilitaba el aumento del número de adictos. En los departamentos del Sudeste formóse una sociedad secreta con el nombre de *Nueva Montaña*, sociedad sabiamente jerarquizada, con sus jefes, sus afiliados, casi todos los cuales estaban provistos de armas; su consigna, sus señas de reconocimiento, y su caja alimentada por cotizaciones periódicas ó colectas extraordinarias. Esta sociedad, creada á fines de 1849, adquirió al año siguiente un desarrollo imprevisto.

En la primavera de 1850, el principal agente de esta propaganda era un tal Alfonso Gent. Después de una juventud marcada por un lamentable escándalo, Gent vivió sucesivamente en Nîmes y Aviñón, ejerciendo la profesión de abogado. Era un hombre sin fortuna, ambicioso y ardiente. Había formado parte de la Constituyente, pero no logró hacerse incluir en la candidatura demagógica para la Asamblea legislativa. Excluido de la vida parlamentaria, buscó en una organización insurreccional el empleo de su actividad. El fué el promotor de la *Nueva Montaña*. Reclutó auxiliares, y gracias á su actividad y á la de sus amigos, quince departamentos de la región del Sudeste quedaron pronto afiliados. El comité directivo residía en Lyon, y, con nombres supuestos, correspondía con París y Londres. En la noche del 29 al 30 de junio de 1850 celebróse en Valence un congreso de delegados de la sociedad. Después de este conciliábulo la actividad redobló. Los informes de la policía señalaban una agitación extrema en el Ardeche y en el Drome. En el Gard y en las Bocas del Ródano se fabricaba ó compraba pólvora. El Hérault no estaba tampoco mal dispuesto, aunque la percepción de las cuotas era más difícil que en ninguna otra parte. En Tolón se practicaban trabajos de inteligencia entre las tropas del ejército y de la marina. El 30 de septiembre, los jefes de la sociedad celebraron una segunda conferencia, esta vez en una hostería de Macón. Aunque en los consejos de la *Nueva Montaña* se desdénaba mucho á los demócratas de la Asamblea, tachados de moderantismo, algunos representantes de la extrema izquierda habían sido convocados y asistían á la reunión. Las circunstancias parecieron ahora tan favorables que, sin esperar el año 1852, los nuevos montañeses se prepararon para una próxima toma de armas. Apresuráronse á arbitrar recursos y á comprar fusiles y municiones. En octubre Gent fué á Ginebra y se avistó con los refugiados extranjeros, que eran allí numerosos y que, presintiendo próximos disturbios, afluan de todos los puntos de Suiza é Italia. El plan era vasto y atrevido. Todos los departamentos del Sudeste habían de levantarse á la vez: por un lado apoyarían á los departamentos del Sudoeste, donde el terreno estaba ya bien preparado, y por otro lado tratarían de conquistar la Borgoña y el Franco Condado; de esta manera formarían una especie de semicírculo amenazador en torno de la capital, y luego, operando un movimiento convergente, se acercarían poco á poco á París: en caso de mal éxito, la proximidad de la Suiza y del Piamonte ofrecería una retirada segura. En todo el Mediodía circulaba ya el rumor de una insurrección próxima. Decíase que el movimiento estallaría al reanudarse las tareas de la Asamblea legislativa: fogatas encendidas en las montañas serían la señal de la toma de armas:

reuniríanse seis mil insurrectos en las montañas del Lubéron, á la primera señal. Mientras tanto, el gobierno recogía indicios y tomaba sus precauciones. La retención de las cartas dirigidas á Gent no permitió ya dudar por más tiempo de la inminencia del complot. Gent fué preso el 24 de octubre de 1850, lo mismo que sus principales cómplices. Después de un largo proceso fué condenado el 28 de agosto de 1851 á la deportación (1).

Este acto de vigor evitó la explosión, pero no tranquilizó los ánimos. La propaganda democrática se ocultó más, pero no se detuvo. Si se abandonó la esperanza de un levantamiento inmediato, fué para reanudar aquel trabajo paciente y obstinado que, en 1852, había de entregar el país á la demagogia. Las ideas socialistas continuaron infiltrándose poco á poco como una lluvia lenta que penetra en el suelo hasta las capas más profundas. A decir verdad, el socialismo provincial difería un poco del socialismo parisiense tal como se le había visto desarrollarse y florecer en 1848. En París, el ardor de las concupiscencias se había cubierto con la máscara de las teorías: algunas de estas teorías habían revestido formas especiosas, especiosas hasta el punto de seducir á ciertas almas honradas y generosas. En provincias, nada de científico, nada que oliese á sistema ni á escuela. A los ojos de los campesinos, el socialismo podía resumirse en dos palabras: era la supresión de todas las antiguas trabas y la satisfacción de todos los deseos no satisfechos. Cada cual lo acomodaba á sus apetitos. Para el cazador furtivo, el socialismo era la supresión de las leyes de caza; para el tabernero, la supresión de la patente; para el leñador, la facultad de talar el bosque vecino; para el labriego, el aumento de su tierra á expensas de la tierra del señor; para el obrero, el reparto de los beneficios de la fábrica; para el licenciado de presidio ó el quinto refractario, la libre venganza contra los gendarmes; para el contribuyente moroso, el derecho de saquear la caja del recaudador; para el deudor amenazado de embargo, la ocasión de prender fuego impunemente á los *papeles del notario*. Ciertas medidas tomadas por los burgueses favorecían estas groseras y criminales esperanzas. Ellos también eran socialistas á su manera; ellos también acechaban su presa; ellos también calculaban qué beneficios podía reportarles el vencimiento de 1852. El negociante, el artesano, el veterinario, el cafetero, aspiraban á la alcaldía; el antiguo maestro destituido deseaba ser nombrado inspector; el jefe de negociado de prefectura, con más necesidades que recursos, quería ser subprefecto.

Este trabajo secreto, por grande que fuera su disimulo, se revelaba á los espíritus perspicaces. Hacía tiempo que Montalembert, con su profética elocuencia, había denunciado «los sofismas que envenenaban las poblaciones rurales.» Hacía también mucho tiempo que Dupín se había esforzado en poner en guardia contra las doctrinas socialistas á sus paisanos del Nivernés y del Morván. Desde 1850, los informes de los prefectos dejaban presentir la trama: cierto que algunos de estos informes exageraban de intento el peligro; pero aun así, había motivos para preocupar á los más indolentes.

(1) Consejo de guerra de Lyon: causa del complot del Sudeste, requisitoria de convocación, documentos embargados y declaraciones de testigos (*Gazette des Tribunaux*, agosto de 1851).

Aparte de los informes oficiales, el gobierno recibía otros no menos alarmantes y precisos. Los hombres que por sus relaciones ó sus intereses visitaban las regiones del Sudeste quedaban asombrados ante el espectáculo que éstas ofrecían á sus ojos. Por la noche, en los pueblos más apartados de Provenza, los campesinos se reunían misteriosamente en los *ranchos*, esos círculos en que se esbozaba la Revolución próxima. A veces se oían cantos horribles, como no los oyó París en los días más terroríficos. En ciertas hosterías perdidas en los caminos de los Bajos Alpes sorprendía á los viajeros el ver colgados de las paredes los retratos de Ledru-Rollín ó de Barbés, personajes que habían pasado un poco de moda en París, pero que estaban allí en plena boga. Los comités se cuidaban de la distribución de periódicos horribles, que los campesinos, de regreso del trabajo, deletreaban á la puerta de su casa. Los días de fiesta, tan alegres antes en la cuenca del Ródano, no eran ya consagrados al placer, sino á conciliábulos y manifestaciones; y cuando intervenían los gendarmes, la fiesta solía acabar á palos. A medida que se acercaba el año de 1852, se notaba un aumento de irritación; en los meses de octubre y noviembre estallaron algunas agitaciones parciales, parecidas á esos movimientos precipitados que preceden á las grandes revoluciones.

Este peligroso estado de los ánimos deja adivinar lo que sucedió.

A la noticia del golpe de Estado, los departamentos del Norte permanecieron tranquilos. Lo mismo hicieron los del Oeste, salvo una intentona insurreccional en Suze. En el Este, el orden público no se alteró más que en el pueblo de Poligny. En el Sudoeste, dos departamentos, el Lot y Garona y el Gers, fueron teatro de graves agitaciones, pero pronto quedó restablecido el orden. El Orleanés, el Berry, el Borbonés, el Lemosín tampoco se sublevaron, si se exceptúan algunas tentativas de sedición ocurridas en Saint-Amand y en los distritos de Montargis y de La Palisse.

Muy diferente fué la suerte de las provincias del Sudeste y, por extensión, de las provincias de la cuenca del Loira que confinan con Morván y con el valle del Ródano. En las grandes poblaciones, en Lyon, en Marsella, en Saint-Etienne, en Tolón, la presencia de una fuerza pública imponente de las enérgicas medidas preventivas mantuvieron la tranquilidad material. Sucedió también que ciertos departamentos, enfeudados de antiguo á la facción demagógica, permanecieron casi tranquilos, á pesar de todas las apariencias contrarias; tal fué el revoltoso departamento de Saona y Loira. Pero, á pesar de estas felices excepciones, casi en todas partes la fermentación fué extrema. Algunos demagogos, pero en corto número, se afigieron de ver la Constitución violada; todos los demás sólo pensaron en la destrucción de sus criminales esperanzas. Triunfando el golpe de Estado, se desvanecía la fecha fatídica de 1852. Había que renunciar á aquel zafarrancho revolucionario, á aquel largo carnaval demagógico, á aquella gigantesca farándula, á todos los excesos apetecidos. La exasperación no tuvo límites, y hubo una verdadera explosión de pasiones groseras y materiales. Sería demasiado prolijo el describir en todos sus detalles esta agitación provincial. Bastará describirla en los tres pun-

tos en que estalló con más violencia, desde luego en el departamento del Nièvre, y especialmente en Clamecy; en segundo lugar, en el departamento del Hérault, y particularmente en Bédarieux; y finalmente, en los departamentos de la margen izquierda del Ródano, tales como el Drome, el Var y los Bajos Alpes, donde se desarrollan á nuestra vista verdaderos episodios de guerra civil.

II

El partido democrático, muy poderoso en el departamento del Nièvre, lo era sobre todo en Clamecy. En este pueblo la demagogia estaba organizada desde hacía mucho tiempo. Tenía sus jefes, jefes oscuros, pero activos, influyentes y resueltos: éstos eran Millelot padre, impresor, y sus dos hijos, Numa y Eugenio; un tal Guerbet, que había sido candidato en las elecciones legislativas; el hostelero Kock y el cafetero Gaumier. Se había apelado á todos los medios posibles para mantener la exaltación. En 1850 se había obsequiado con un banquete á los representantes montañeses. Habíanse establecido relaciones continuas entre la cabeza de partido y los pueblos comarcas. Hasta se estuvo en inteligencia con las poblaciones rurales del departamento del Yonne. La situación del pueblo y la naturaleza misma de su industria facilitaban la propaganda. Asentada en la margen izquierda del Yonne, punto principal de depósito para las maderas del Morván, Clamecy encerraba una población bastante numerosa de leñadores, marineros, gente poco instruída y accesible á las más vulgares codicias. Cada día se diseminaban por las tabernas del puerto unos cuantos emisarios que despertaban las pasiones y mantenían las esperanzas. Entre estos emisarios, Eugenio Millelot se distinguía por su ardor, y sus predicaciones habían valido á la causa socialista numerosos prosélitos (1).

La noticia del golpe de Estado se recibió el 3 de diciembre. En seguida los sitios públicos se llenaron de gente. Suspendióse el trabajo. Aunque subsistía la tranquilidad material, pudo temerse una próxima explosión. El día 4, el comité democrático, ávido de noticias, envió delegados á Auxerre. Transcurrió el día sin que éstos volvieran. Reinaba entre los jefes una grande indecisión; unos querían que se desistiera de toda tentativa insurreccional; otros, por el contrario, se empeñaban en que se marchase inmediatamente sobre Auxerre, y de allí sobre Joigny y París. El 5, por la mañana, se supo que la autoridad se preparaba para prender á los principales fautores de la sedición. A este rumor, que parecía fundado, el partido de la acción prevaleció; pero se acordó que la insurrección no estallararía hasta la noche, á fin de que los contingentes rurales tuviesen tiempo de llegar. Millelot padre salió en seguida de Clamecy y se fué á los pueblos vecinos á darles la consigna del comité (2).

A eso de las seis de la tarde formóse un grupo arma-

(1) Consejo de guerra; sucesos de Clamecy, requisitoria del comisario del gobierno; declaración de Tartrat, agente general del comercio de maderas (*Gazette des Tribunaux*, 2 y 3 de febrero de 1852).

(2) Numa Millelot, *Notas sobre la insurrección de Clamecy en 1851*, págs. 9 y 12.

do en el barrio de Belén, arrabal situado en la margen derecha del Yonne, y donde solían reunirse los demagogos. Los socialistas del campo no habían llegado todavía, pero se resolvió no esperarlos. La columna se puso en marcha, pasó el puente á los acordes de la *Marseillesa* y subió las calles tortuosas que conducían á la plaza. En torno de la plaza estaban situados los principales edificios: la casa consistorial, la iglesia y la cárcel (3). Los amotinados se dirigieron desde luego á este último edificio y pusieron en libertad á cuarenta presos, entre los cuales figuraba Guerbet, recién condenado por causa política. En aquel momento apareció una patrulla de gendarmería, que fué recibida á tiros. Los gendarmes contestaron; pero eran en corto número; dos de ellos fueron muertos y otro herido; los demás se retiraron al cuartel. Dejados libres, los socialistas se apoderaron de la casa consistorial y subieron al campanario para tocar á somatén. El alcalde huyó á Nevers para enterar al prefecto de lo que ocurría.

Los socialistas quedaron dueños de la ciudad. Clamecy no tenía guarnición: la mayor parte de las autoridades se habían refugiado en el cuartel de la gendarmería: un puñado de guardias nacionales que habían tratado de defender la casa consistorial habían sido rápidamente dispersados. Se oía en lontananza el toque del tambor: eran los pueblos vecinos que se disponían á enviar sus contingentes. Algunos de estos pueblos casi se habían levantado en masa; en uno de ellos, en Oisy, mandaban la partida un padre y tres hijos (4). Era de esperar que la noche siguiente sería terrible. La realidad excedió á todos los temores, pues los crímenes fueron numerosos y atroces. Poco tiempo después de la toma de la casa consistorial, un maestro de escuela, llamado Munier, fué mortalmente herido de un balazo; y, según un testimonio algo sospechoso, el tiro fué disparado por Eugenio Millelot. Un agente general del comercio de maderas, llamado Tartrat, fué amenazado de muerte y debió la vida á la intervención de Guerbet. El abogado Mulón, perteneciente al partido republicano moderado, y que había sido comisario en tiempo del gobierno provisional, fué asesinado á la puerta de su casa. A medida que avanzó la noche, se multiplicaron los atentados. El P. Vernet, cura de Arthel, que acababa de llegar á Clamecy y se hospedaba en la fonda Deschamps, fué atropellado; se le quiso obligar á ir á las barricadas, y como él tratase de dar algunos consejos á los insurrectos, diciéndoles, entre otras cosas, que los pueblos por los cuales acababa de pasar estaban tranquilos y que Napoleón triunfaría, fué apaleado y herido de un sablazo. Durante aquella misma noche, á seis ó siete kilómetros de la ciudad, en el pueblo de Pousseaux, cometióse un crimen todavía más odioso. Vivía allí con su familia un anciano, llamado Bonneau, muy adicto al partido del orden. Antes de partir para Clamecy, los insurrectos del pueblo fueron á exigirle que entregase las armas, y como él se negase, fué muerto á tiros.

Tal fué en Clamecy y en los pueblos inmediatos

(3) Actualmente la cárcel, lo mismo que el cuartel de la gendarmería y el juzgado, se encuentra en la parte baja de la población, á un centenar de metros del puente del Yonne.

(4) Consejo de guerra; insurrección de Clamecy (*Gazette des Tribunaux*, 22 de febrero de 1852).

aquella noche siniestra del 5 al 6 de diciembre. El siguiente cometieron excesos no menos graves. Un solo punto quedaba en poder de la autoridad, y era el cuartel de la gendarmería, situado en lo más alto de la ciudad, muy lejos del arrabal de Belén, donde la insurrección reclutaba sus principales adeptos. Allí se habían agrupado con su teniente los gendarmes que habían sobrevivido al combate de la víspera. En la imposibilidad de restablecer el orden, pues quedaban reducidos a nueve, no aspiraban sino a conservar sus armas y escapar á toda capitulación deshonrosa. Pasóse la mañana sin que fuesen atacados. Cerca de las dos de la tarde, los insurrectos, en número de unos setecientos, rodearon el cuartel. Guerbet y algunos otros parlamentaron con el teniente, aconsejándole que capitulase. Las condiciones fueron sucesivamente aceptadas y desechadas. De pronto, uno de los insurrectos, llamado Rollin, que había sufrido una condena por vías de hecho contra el gendarme Bidán, se arrojó sobre éste, que se hallaba á la puerta del cuartel, y, con ayuda de otros socialistas, le atropelló de tal modo, que el infeliz falleció una hora después en el hospital.

Las violencias son á menudo indicio, no de fuerza, sino de debilidad. Aquella cobarde multitud se apresuraba á satisfacer sus furiosos como si hubiese tenido conciencia de que su siniestra dominación no podía durar. En la mañana del día 6 los partes de París desconcertaron las esperanzas de los jefes socialistas. La capital estaba tranquila; el departamento del Yonne no se sublevaba; Clamecy permanecía aislado. A estas noticias, los más tímidos desaparecieron. Los que habían conservado algún sentimiento de humanidad se hallaban consternados de los excesos que acababan de deshonrar á la población. A los crímenes de la noche y á la muerte del gendarme Bidán se habían añadido dos asesinatos cometidos cerca de la barricada del puente de Ladrón. Millelot padre, desconfiando del éxito y previendo las represalias que iban á seguir, era partidario de publicar los partes y cesar en una resistencia que ya no tenía objeto. Eugenio Millelot era el único que se indignaba á la idea de deponer las armas; no creía que la insurrección fuese vencida en París; exigió del recaudador de contribuciones 5.000 francos para pagar algunos gastos de los insurrectos; fijó en las esquinas decretos y proclamas; procuró introducir un poco de orden en sus partidas y evitar el saqueo, y trató de marchar á Auxerre con los hombres de Clamecy y los campesinos de la comarca. Pero esta febril actividad resulta inútil. Las malas noticias, al principio ocultas, acaban por ser conocidas; el desaliento crece, y varios contingentes huyen á la desbandada. Así termina la jornada del 6 de diciembre.

La hora de la represión se acercaba. En la mañana del día 7, el prefecto del Nievre, acompañado de un destacamento de doscientos hombres, llegó á la vista de Clamecy: sus tropas eran demasiado escasas para un ataque á viva fuerza, pero había pedido refuerzos que no tardaron en llegar; mientras tanto, tomó posesión con sus hombres en el punto llamado las *Chaumes*, punto elevado desde el cual se dominaba todo el país. Pronto corrió el rumor de que la tropa se acercaba. A esta noticia, los insurrectos más comprometidos y más ardientes estallaron de pronto en grandes arrebatos de indig-

nación. Multiplicáronse las pesquisas en busca de pólvora y armas. Construyéronse barricadas para defender la parte alta de la ciudad y en particular los sitios por donde se presumía que atacarían las tropas. Varios hombres subieron al campanario para observar el campo y denunciar los movimientos del enemigo. Prohibióse que nadie saliese de la ciudad: los centinelas tenían orden de hacer fuego contra todo el que desertase la defensa: como dos campesinos intentasen huir, el uno fué muerto y el otro herido.

Aquello fué, sin embargo, el último esfuerzo de una resistencia tan criminal como insensata. A la excitación siguió el abatimiento. Todas las ilusiones se desvanecían. Las relaciones de los viajeros y las cartas interceptadas no dejaban subsistir duda alguna sobre el estado de París y de los departamentos inmediatos. Iban á llegar tropas de Nevers, de Bourges y de Auxerre. Por la noche, los restos del comité insurreccional se reunieron. ¿Marcharían sobre las *Chaumes* á librar batalla? ¿Convenía renunciar á la lucha y huir? Esta última resolución fué la que prevaleció.

El mismo Eugenio Millelot, tan exaltado hasta entonces, no se atrevió á aconsejar la resistencia. Durante la noche, la mayor parte de los insurrectos cruzaron el Yonne y se ocultaron en los grandes bosques que cubren la orilla derecha de este río, y al día siguiente, después que el general Pellión, al frente de numerosas fuerzas, se hubo reunido con el prefecto, la autoridad tomó nuevamente posesión de la ciudad que los socialistas habían evacuado. La represión fué proporcionada á la magnitud de los crímenes: todos los sitios públicos fueron cerrados y todas las reuniones prohibidas; destituyése á los funcionarios indecisos; á los impresores y á los maestros de postas que habían transigido con los socialistas se les privó de sus patentes, y los funcionarios ministeriales hostiles fueron declarados cesantes. Varias columnas volantes se diseminaron por los campos para prender á los insurrectos fugitivos, muchos de los cuales hubieron de abandonar los lugares en que se habían guarecido acosados por el frío ó por el hambre; otros fueron denunciados por los hombres de orden, exasperados y enloquecidos. El Sr. Carlier, ex prefecto de policía que había sido nombrado comisario extraordinario en los departamentos del centro, dirigió estas medidas de rigor, por lo menos en los primeros días. Finalmente, el entierro de los gendarmes que sucumbieron á los golpes de los socialistas dió ocasión á una especie de ceremonia expiatoria destinada, según el lenguaje de aquel tiempo, á tranquilizar á los buenos y á hacer temblar á los malos (1).

(1) Esta ceremonia expiatoria tuvo, con un intervalo de treinta y tres años, su desquite: en efecto, en 21 de septiembre de 1884, erigióse en las alturas del Crot-Pinçon, á poca distancia del sitio en donde había sido asesinado Bidán, un monumento á LOS MÁRTIRES DEL DERECHO Y EN CONMEMORACIÓN DE LA RESISTENCIA LEGAL CONTRA EL GOLPE DE ESTADO DE 2 DE DICIEMBRE DE 1851. Los habitantes de Clamecy eran muy dueños de perpetuar el recuerdo del sangriento episodio que acabamos de relatar; pero por la precedente imparcial narración nuestros lectores han podido juzgar hasta qué punto se preocupaban de la Constitución aquellos malhechores que hoy se pretende rehabilitar. En el pedestal de la columna conmemorativa se lee la lista de las condenas dictadas en el Nievre por los consejos de guerra: «Seis ciudadanos, dice la inscripción, fueron condenados á la pena de muerte; siete á trabajos forzados á perpetuidad.» Fácil es reconstituir el proceso de la ma-

III

El departamento del Herault rivalizó con Clamecy en el número y horror de los crímenes. Las disensiones civiles de 1815, tan violentas en aquellas regiones, habían dejado en ellas huellas que no se habían borrado todavía. Allí más que en otras partes hallábase la población dividida en dos campos bien deslindados, el de los *blancos* y el de los *rojos*, denominaciones que con el tiempo habían variado algo de sentido y se habían convertido en símbolos de dos sistemas sociales más bien que de dos partidos políticos: llamábase *blancos* á los amantes del orden y de la propiedad, y *rojos* á los que por ofuscamiento ó por codicia soñaban con una organización nueva. En los cantones montañosos que confiaban con las Cevenas, las divisiones entre protestantes y católicos aumentaban el espíritu de antagonismo. Agréguese á esto cierta aspereza de costumbres, rivalidades de familia bastante frecuentes y en extremo exaltadas y finalmente el ardor natural del carácter meridional, y se tendrá una idea de los elementos de hostilidad que sólo esperaban una ocasión para estallar.

De dos años á aquella parte, los jefes del partido demagógico no habían perdonado medio alguno para mantener vivos los odios, y las sociedades secretas, fuertemente organizadas, contaban en su seno, en determinados municipios, á la casi totalidad de los habitantes. En

yoría de aquellos MÁRTIRES DEL DERECHO; los ciudadanos condenados á la pena de muerte fueron los siguientes:

1.º Eugenio Millelot, condenado en 1.º de febrero de 1852 por el consejo de guerra que funcionaba en Clamecy, por asesinato del Sr. Munier (*Gazette des Tribunaux*, 2 y 3 de febrero de 1852).

2.º Jouannin (Pedro).—Tentativa de asesinato contra el señor Blin. Consejo de guerra de 5 de febrero de 1832 (*Gazette des Tribunaux*, 5 de febrero).

3.º Cirasse.—Asesinato del Sr. Bonneau en Pousseaux.—Consejo de guerra de 5 de febrero de 1852 (*Gazette des Tribunaux*, 7 de febrero).

4.º Cuisinier (Pedro).—Asesinato del gendarme Bidán.—Consejo de guerra de 25 de febrero de 1852. (*Gazette des Tribunaux*, 26 de febrero).

5.º Trottel (Pedro).—Tentativa de asesinato contra un gendarme.—Consejo de guerra de 2 de febrero (*Gazette des Tribunaux*, 4 de febrero de 1852).

6.º El sexto condenado á muerte ¿sería quizás un tal Poulain, culpable de tentativa de asesinato contra un Sr. Roux en la noche del 5 al 6 de diciembre? En los periódicos judiciales no hemos encontrado la menor huella de esta condena, pero el Sr. Tenot habla de ella en su obra *La province en décembre 1851*, pág. 33 y nota.

En cuanto á los siete condenados á trabajos forzados á perpetuidad, hemos hallado indicios relativos á seis de ellos, á saber:

1.º Calloux, llamado *Daumé* (Juan Bautista).—Tentativa de asesinato contra los Sres. Bordet y Morin.—Consejo de guerra de 3 de febrero (*Gazette des Tribunaux*, 5 de febrero de 1852).

2.º Ferrieres (Carlos).—Tentativa de homicidio contra el padre Vernet, cura párroco de Arthel.—Consejo de guerra de 15 de febrero (*Gazette des Tribunaux*, 16-17 de febrero de 1852).

3.º Roux (Martín), 4.º Rollin (Juan), 5.º Guenet (Carlos), 6.º Mannezy (Tomás).—Complicidad de asesinato del gendarme Bidán.—Consejo de guerra de 25 de febrero (*Gazette des Tribunaux*, 26 de febrero de 1852).

Por nuestro gusto no habríamos investigado estos nombres propios y de buena gana habríamos concedido á esos miserables el beneficio del olvido; pero puesto que se trata de convertir á esos criminales vulgares en mártires y se lleva la impudencia hasta erigirles monumentos, bueno es que la historia restablezca la verdad, que arranque la máscara á esas supuestas víctimas y que demuestre que los asesinos y sus cómplices no son los únicos que han conservado la facultad de recordar.

1850 y 1851, ciertas señales inequívocas habían puesto de manifiesto el extravío de las almas: durante el carnaval de 1851 habían sido paseados por las calles y luego ahorcados ó quemados varios maniqués blancos; y en muchas ocasiones algunos hombres notables, afiliados al partido del orden, se habían visto insultados ó acometidos á pedradas. «Preparémonos para 1852,» decía á cada momento (1); y se añadía: «Será menester cortar la cabeza á los propietarios, fusilar á los fabricantes más hostiles á los obreros é imponer á los demás una contribución extraordinaria (2).» Ciertamente que estas palabras se pronunciaban las más de las veces en estado de embriaguez ó en un acceso de cólera; pero, aun prescindiendo de la parte de exageración que en ellas había, no por esto dejaban de revelar la exaltación de los ánimos.

Así las cosas, túvose noticia del golpe de Estado y entonces se presenció no un levantamiento político, sino una explosión repentina de pasiones perversas. En Beziers formóse el 4 de diciembre en el Cementerio viejo un grupo inmenso que se encaminó á la prefectura y que fué disuelto gracias á la energía del subprefecto y á la firme actitud de las tropas. Los dispersos se diseminaron por la ciudad y acosaron á dos individuos golpeándolos con fusiles y horcas: uno de ellos era un abogado, el Sr. Bernard Maury, y el otro el escribano del tribunal civil. El primero murió en el acto; el segundo, aunque gravemente herido, se curó: ambos eran simples transeúntes, desarmados, inofensivos, y se dirigían al colegio en busca de sus hijos. Las turbas los acometieron, según se dijo, sólo porque «poseían algunos bienes y llevaban trajes de paño (3).» En Pézenas, los habitantes de las municipalidades vecinas se dirigieron en masa á la ciudad, y un propietario, Sr. Billiere, anciano de setenta años que se encaminaba á la alcaldía para defender allí la causa del orden, fué agredido cobardemente y herido de gravedad (4). En Capestang la multitud se dirigió al cuartel de la gendarmería y atacó á los gendarmes, hiriendo á varios. Además, ciertas almas criminales se aprovechaban de la confusión para realizar venganzas personales; así por ejemplo, el día 5 de diciembre, un Sr. Valat, de Capestang, fué á casa de un cura de la vecindad y le mató de un pistoletazo en el pecho (5).

Hubo una población que tuvo el triste privilegio de sobrepujar todos estos excesos: Bedarieux.

La noticia del golpe de Estado llegó allí el 3 por la tarde, é inmediatamente se pidieron instrucciones al comité de Beziers; el 4, un coche procedente de esta última ciudad paróse delante del café Villebrun, punto de reunión ordinario de los demagogos, y dejó en aquel

(1) En Capestang, un barbero usaba una bacía en cuyo fondo había escritas, en letras mayúsculas, las siguientes palabras: *Preparémonos para 1852*. (Consejo de guerra.—*Gazette des Tribunaux*, 8 de abril de 1852.)

(2) Consejo de guerra, *passim* (*Gazette des Tribunaux*, 11 de abril y 10 de junio de 1852).

(3) Consejo de guerra.—Disturbios de Beziers; declaraciones de Vernhes, Foulquier, Aire, Dufour, etc. (*Gazette des Tribunaux*, 26, 27, 28 de marzo de 1852).

(4) Consejo de guerra.—Sucesos de Pézenas (*Gazette des Tribunaux*, 23 y 24 de abril de 1852).

(5) Consejo de guerra.—Disturbios de Capestang (*Gazette des Tribunaux*, números desde el 8 de abril y siguientes).